

La entrevista

Oscar Brahim

Activista urbano

«Bajaba del taxi y pintaba Buenos Aires»

Es uno de los 38.400 taxistas de Buenos Aires. Una mezcla de Duchamp con cocina y antiglobalizador solitario. Oscar Brahim (Buenos Aires, 1964) llevaba en el maletero de su Peugeot 504 pinturas, cola y papeles para intervenir en el paisaje publicitario porteño. Un acto que desplegaba a una velocidad imperceptible para el ojo policial. Y se hizo muy famoso. Es el protagonista del documental *Oscar*, de Sergi Morkin, que se acaba de proyectar en el festival *The Influencers* del CCCB.



NÚRIA NAVARRO



—¿Artista? ¿Iconoclasta? ¿Incívico?
—Un hombre libre!

—Con una doble vida.

—Yo trabajaba en una clínica, pero se fundió. Puse un quiosco, y me fue mal. Intenté arreglar prótesis dentales y no me salían... Un amigo me ofreció conducir un taxi. Acepté y empecé a reconocer Buenos Aires desde un Renault 12. Pero un día caí en el taller de Elenio Pico...

—El camarín de las maravillas.

—¡Un sitio increíble! Siempre me había gustado dibujar, pero en aquella época entrar en Bellas Artes, según decían las amigas de mi madre, era «salir maricón o loco». Elenio me invitó a dibujar desde mi taxi. Y pronto me di cuenta de que siempre dibujaba el afuera.

—Un afuera que ya no era el de Borges, ni el de Troilo...

—Era el de Duhalde y el de las multinacionales. Un día vi una publicidad en un piruli. Miré a derecha y a izquierda, corté una parte con un cúter y me la llevé a casa. Empecé a procesarla y pegué el resultado en las puertas del metro. A la semana, Elenio, me dijo que hiciera fotos de los resultados. Compré una *pocket*.

—Sistematizó sus intervenciones.

—Empecé a medir los tiempos de la publicidad. Fui trazando una estrategia. Colgaban un cartel y yo esperaba al tercer día para modificarlo. Así, en distintos puntos de la ciudad. Todo lo que ganaba en el taxi, me lo gastaba en pegamento y papel. Trabajaba sin miedos y sin medios.

—¿Con total impunidad?

—Me escudaba en la velocidad y en la imprevisibilidad. Y tenía a la crítica en el asiento de atrás del taxi. Unos decían: «¡Mira, qué bueno está eso!» Otros: «¡Qué cagada!» Llegué a grabar sus comentarios.

—Eso es arte multimedia.

—Y empecé a trabajar con pintura. A bloquear partes de los lettereros, a introducir frases que chocaban con la idea original del creativo, a vulnerar lo que de superfluo y ostentoso tenía la publicidad. Bajaba del taxi, pegaba precios sobre las cabezas de De la Rúa, de Duhalde, y seguía mi ruta. Total, los políticos se venden como un producto, ¿no? ¡Disfrutaba tanto mirando la reacción de la gente!

—¿Un acto político?

—Nooo. ¡Si no iba a votar! Una vez me uní a un grupo anarquista, pensando en la guerra civil española, en Bakunin, en abrir bibliotecas populares. ¡Y aquello era un *quiltombo*!

—¿Entonces?

—Al principio fue algo espontáneo. Un chiste. Luego se convirtió en una forma de protestar sin gritar ni agitar los puños. Bajaba del taxi y pintaba Buenos Aires. Y me interesaba el hecho de que una valla publicitaria fuera un territorio fronterizo entre lo privado y lo público.

—¿No hay leyes en esa frontera?

—Si me cogían, o pagaba una multa de 30 pesos o tenía que barrer una plaza. Barrer una plaza hubiera sido un triunfo... Pero nunca pasó.

—Llegó a hacer una media de cuatro acciones por semana.

—Sí. Y me endeudaba. Y tenía tres hijos... Había en mí un debate interior. Pero empecé a subir a las vallas más altas, con una escalera. A colgar ropa interior en los pasillos del metro, a tocar la sensibilidad patria.

—¿La sensibilidad patria?

—Un día, en un cruce ferroviario, vi el cartel de un champú. Aparecía una niña apoyada en la barbilla y el lema decía: «Tu cabeza cambió, tú has cambiado». Pegué la cara de San Martín, un prócer intocable. Medio país lo vio. Un periodista me sacó una foto. Y vino otro y otro más... Empezaron a titular *El terrorista nocturno*, *El taxista punk*... Y otro puso: *El terror de Ramiro Agulla*. ¡Ahhh!

—¿El Oliviero Toscani porteño?

—Sí. Me llamaron de su agencia. Me ofrecieron pintura, gente, micros. Montaron una reunión con cachorros de agencias para que les instruyera. Y les dije que yo no era un payaso. ¡Logré mi cometido! Mi libertad estaba por encima de sus ofertas.

—Un tipo raro, usted.

—Solo me irrita lo gregario. Recuerdo que, durante la guerra de las Malvinas, yo llevaba una bandera inglesa en la carpeta de la escuela. Los chicos me querían pegar. Al principio de toda esta historia solo sabía que detestaba lo convencional.

—El concepto llegó después.

—Con la crisis. Los bancos se llevaban el dinero en camiones al aeropuerto. La gente sacó las cacerolas. La policía no hacía nada. Y yo lo veía desde el taxi. Encontré fotos de billetes de dólar y dibujé tipos con cara de pene llenos de billetes por toda la capital.

—¿Sigues en el taxi?

—Sí. Pero, de repente, paro y paseo por un parque. Y trabajo con textos pequeños que pego en los urinarios, en los árboles, en los cafés. No son consignas. Las disuelvo. Juego con la ambigüedad de un *Sea breve*. Y he colgado un *Nadie tiene que perder* de 20 metros sobre una autopista.

—Usted ganó. Su obra está en museos y su vida, en un documental.

—Mi museo siempre será la calle.

—Oiga, en Barcelona faltan taxistas.

—No soy sino en Buenos Aires. ≡